

ENTRE LA IDEALIZACIÓN Y EL CONFLICTO SOCIAL: LA MIRADA A LA SOCIEDAD VALENCIANA DE BLASCO IBÁÑEZ

Jorge RUIZ LARA
Universidad Autónoma de Madrid

La observación y la reflexión acerca de la propia tierra y sus gentes ha sido una constante en la literatura y en la historia del pensamiento humano en todas las épocas. No obstante, durante el siglo XIX, con el desarrollo de los nacionalismos en el seno del movimiento romántico, el terruño, «la comarca o la tierra, especialmente el país natal»¹, atrajo la atención de sus pobladores de una forma especial. La búsqueda de la identidad de los pueblos, la atención a las costumbres y las formas de vida tradicionales comenzaron a ser objeto de contemplación y elaboración artística para los intelectuales que, asentados en las ciudades del mundo industrial, comenzaban a alejarse ya de los espacios que encerraban los rasgos más característicos de su comunidad.

A raíz de estos intereses, entre otras manifestaciones artísticas y culturales, la descripción de costumbres y tipos pintorescos se desarrolla con fuerza en España bajo el nombre de costumbrismo. El costumbrismo, considerado por algunos autores como un movimiento restringido a la primera mitad del siglo XIX,² es, para otros, un género sin limitación temporal clara y con unas características particulares, como definen Herrero (1978: 343): «En sentido muy amplio, costumbrismo sería aquel género literario que se propone la descripción, no de un carácter o de unos caracteres individuales, sino de formas de vida colectiva, de ritos y hábitos sociales» y también Correa (cit. en Herrero 1978: 343): «Pequeño cuadro colorista, en el que se refleja con donaire y soltura, el modo de vida de una época, una costumbre popular o un tipo genérico representativo».

Atendiendo a estas definiciones del género parece innegable, por tanto, la coincidencia del costumbrismo con ciertos planteamientos del ciclo de novelas valencianas del escritor Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928) y, en particular, de *Flor de mayo* (1895) y *La barraca* (1898), donde el autor se centra en retratar la vida, las costumbres y las ocupaciones de dos grupos de la población rural valenciana, los pescadores del Cabañal y los

1. Como indica el *DLE*: Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed., [versión 23.4 en línea]. <<https://dle.rae.es/terru%C3%B1o>>. [Consulta: 17 de enero de 2021.]

2. La definición y los límites del costumbrismo han suscitado una amplia discusión entre la crítica, entre las que predominan las posturas aquí mencionadas. Se puede apreciar y profundizar más acerca de este debate en Herrero (1978: 344).

campesinos de La Huerta de Valencia. En ambas novelas, Blasco Ibáñez incluye descripciones de las tradiciones y el folclore típico de los colectivos que protagonizan sus obras. Estas escenas llegan incluso a ocupar capítulos enteros, como la procesión del Encuentro en el quinto capítulo de *Flor de mayo*, o gran parte de ellos, como la fiesta de bendición del nuevo barco de los pescadores por parte del cura en el séptimo capítulo y, en el octavo, la costumbre, primero descrita y después representada, de despedir a los pescadores que salían a faenar con insultos y bromas de mal gusto:

Había en el acto de partida una costumbre que cumplir. Desde tiempo inmemorial todo el pueblo acudía a la salida del *bòu* para insultar a los que se iban. Chistes atroces, sangrientas bromas cruzábanse entre las barcas y las escolleras cuando aquellas salían del pueblo; todo a la buena de Dios, sin mala intención, porque así lo marcaba la costumbre [...]. (Blasco Ibáñez 2009: 144)

Estas escenas de fiestas populares aparecerán también en *La barraca*, por ejemplo, en el noveno capítulo, donde se relata el ambiente festivo del fin de la cosecha y la tradicional apuesta entre Pimentó y los hermanos Terreròla por ver quién aguanta más tiempo bebiendo aguardiente y jugando al truke. Además de las tradiciones, apreciaremos otras descripciones costumbristas de la vida cotidiana y la organización social de los huertanos como el juicio del Tribunal de Aguas en el cuarto capítulo o el mercado de ganado y el regateo en la venta del caballo entre Batiste y los gitanos del capítulo séptimo; así como la venta del pescado de las pescaderas en el mercado de *Flor de mayo*.

La aparición de estos motivos costumbristas en las novelas y la forma de representarlos por parte de Blasco Ibáñez tienen un precedente claro en un hito del costumbrismo valenciano y español: *Los valencianos pintados por sí mismos* (1859). En esta obra, dirigida por Ignacio Boix, periodistas y escritores valencianos elaboraron una colección de artículos y cuadros de costumbres, en la que recopilaron a los tipos más característicos de la ciudad y la Huerta de Valencia, describiendo sus oficios y ocupaciones tradicionales. Además de describir tipos similares a los que después protagonizarán las novelas de Blasco Ibáñez, introdujeron un rasgo que se haría característico, más tarde, en las novelas del gran escritor valenciano: la introducción de valencianismos. Los personajes, como en los *Cuentos valencianos* y las novelas de Blasco Ibáñez, se expresan en valenciano y utilizando sus expresiones típicas, glosadas por el autor o reelaboradas en castellano mediante el estilo indirecto libre de la narración. Esta decisión lingüística será una contribución interesante para aumentar el realismo y subrayar la procedencia y las particularidades de los personajes representados.

A pesar de esta clara influencia costumbrista y la importancia de las descripciones y escenas pintorescas, no podemos identificar los cuentos y las novelas del ciclo valenciano de Blasco Ibáñez como obras costumbristas, puesto que estas trascienden los límites del género y del movimiento tradicionalmente observados por la crítica, al incluir contenidos y conflictos de tipo social en sus obras, ya que, como afirma Donald L. Shaw (1996: 300):

Los costumbristas por lo general no anhelaban mejorar directamente las condiciones sociales ni hacer muestra de una sensibilidad filantrópica. No hay apenas nada seriamente humanitario en sus cuadros, incluso cuando resultaban implícita o explícitamente morales o satíricos. A ellos les preocupaba ofrecer descripciones sólo de ciertos aspectos de la realidad española, aspectos que a veces involucraban elementos que aparentemente representaban desviaciones o disonancias en relación a las normas nuevamente asumidas de una clase media en proceso de lenta expansión.

En Blasco Ibáñez observamos, en cambio, un acercamiento al mundo de los pescadores y los huertanos desde el compromiso social. El escritor se acerca a la realidad de los personajes de clase baja y se muestra preocupado por sus condiciones de vida y su continua lucha por la supervivencia contra el medio, cuestionando las injusticias y las dificultades que estos tienen que vivir, como el esfuerzo y el riesgo que supone el oficio de los pescadores en *Flor de mayo* o los engaños y las exigencias de los rentistas valencianos a los colonos de las tierras en *La barraca*.

No extraña, sin embargo, la conjunción de estas escenas costumbristas con elementos naturalistas como la representación de las clases bajas en la lucha por la vida, el determinismo y el aire trágico en el tratamiento del medio y los personajes, ya que la observación de ambientes y tipos del costumbrismo fue, en cierta medida, un precedente asumible para el naturalismo, según afirma Pattison (cit. en García Rojo 1985: 98-99): «[El costumbrismo] prepara el camino, sí; y después... se junta con él [el naturalismo], de modo que hallamos descripciones puramente costumbristas en novelas que aspiran a ser naturalistas.».

Esta decisión de Blasco Ibáñez de incluir personajes de clase baja, espacios y temas valencianos en su obra, conjugando la herencia costumbrista y los nuevos planteamientos del naturalismo, se entiende, también, por el conocido compromiso político del autor como republicano federal. Blasco Ibáñez, como diputado y como escritor, participaría del interés por el regionalismo de finales del siglo XIX y principios del XX hasta el punto de ser elegido por la revista *Alma española* (1903-1904) para publicar una semblanza del «Alma valenciana», en el contexto de una serie de artículos destinados a tratar las particularidades de cada una de las regiones de España, en el que participaron otras personalidades de su tiempo, como Joan Maragall con su «Alma catalana», Unamuno o Pardo Bazán con cada una de sus regiones.

En su artículo «Alma valenciana», publicado el diecisiete de enero de 1904, Blasco Ibáñez muestra una idealización de la Valencia rural y urbana de su tiempo, muy distinta a su elaboración de la realidad valenciana como un espacio de conflictos, desagradable y abocado a la tragedia que aflora en sus obras naturalistas del fin de siglo. Este cambio de discurso no parece obedecer, sin embargo, a un cambio de mentalidad de Blasco Ibáñez en los dos años que transcurren desde la publicación de su última novela de ambientación valenciana, *Cañas y barro* (1902), hasta la aparición de este artículo en 1904, sino, más bien, a las necesidades de cada uno de los dos géneros. El artículo «Alma valenciana» tratará de ser una descripción elogiosa e individualizadora de su región, que ponga en alza sus virtudes y sus particularidades y se las dé a conocer al resto de la nación evitando profundizar en temas sociales o políticos. El artículo de Blasco Ibáñez se acercará más, por tanto, a los antiguos artículos costumbristas que a sus novelas, donde el medio y la

vida aparecen como algo hostil debido a la perspectiva naturalista desde la que se observa la realidad. Así, el «Alma valenciana» contrastará profundamente con el cuerpo descrito por el autor en sus novelas, la materialización imperfecta del mundo idílico que se presenta en la revista.

Al comienzo del artículo, el autor mencionará unas palabras de Salmerón aludiendo a la felicidad generalizada y la ausencia de miseria en la región, que él considerará ciertas (exactas), a pesar de los conflictos que plasma en sus obras:

Pasando cierta vez por Valencia, me dijo Salmerón: «Siempre que visito esta tierra, noto en la gente un bienestar, una satisfacción que no encuentro en otras regiones. No hay aquí riqueza ni fausto; pero tampoco miseria». Esa observación del gran tribuno es exacta. (Blasco Ibáñez 1904: 10)

El sistema de propiedad y reparto de las tierras aparecerá, aquí, reflejado como un modelo ideal y arcaico, en el que arrendatarios y arrendadores se encuentran en armonía «sin que el verdadero dueño que reside en la ciudad ose intervenir en estas donaciones ni aumentar el arriendo que aún se cuenta por libras y sueldos como en tiempos de los reyes de Aragón» (Blasco Ibáñez 1904: 10). Esto contrasta, precisamente, con el motivo del conflicto representado en *La barraca*. El dueño de los campos exprime a los arrendatarios y engaña al tío Barret con un préstamo que este no entiende para hacerse de nuevo con las tierras, desatando la violencia y la caída en desgracia de Barret y el resto de campesinos.

Junto a esta idealización del régimen de la propiedad de las tierras vendrá la del trabajo y sus beneficios, por las que afirmará que «el valenciano que en su frugal ambición no teme por el arroz del porvenir, dedica todas sus iniciativas y entusiasmos a la cosa pública y a la admiración artística» (Blasco Ibáñez 1904: 10). En cambio, en *La barraca*, los campesinos se dedicarán durante la mayor parte del día a cultivar y a preocuparse por la subsistencia, quedando exhaustos como Barret, que:

[...] trabajaba de noche a noche; cuando la huerta dormía aún, ya estaba él, a la indecisa claridad del amanecer, arañando sus tierras, cada vez más convencido de que no se podía con ellas. Era demasiado trabajo para un hombre solo. (Blasco Ibáñez 2016: 77)

Y los que descansaban, como Pimentò, lejos de centrarse en el arte, solo ocupaban su ocio con el juego y el alcohol de la taberna. En *Flor de mayo*, la preocupación por sobrevivir al día a día y la ausencia de ocio diferente al proporcionado por la taberna se mantiene, ocupando la rutina de la mayoría de personajes, salvo Tonet.

La bebida también aparecerá referida por el autor en su artículo. Dirá: «el español que menos bebe es el valenciano. [...] Y es que no necesita del alcohol para evadirse de la normalidad de la vida.» (Blasco Ibáñez 1904: 10), algo que, a simple vista, parecerá contradictorio a la importancia del alcohol en las obras, que jugará un papel clave como impulsor del final trágico en el noveno capítulo de ambas: La violencia contra Batiste tras la apuesta de Pimentò y los hermanos Terreròla en *La barraca* y la decisión de lanzarse al mar ignorando los avisos de tormenta en *Flor de mayo*. Aun así, Blasco Ibáñez afirma: «El vino lo lleva dentro, en su cabeza; y el sol [...], al hacerlo hervir, es causa de incohe-

rentes agitaciones.» (Blasco Ibáñez 1904: 10), lo que parece estar de acuerdo con el determinismo social y la influencia negativa del medio en los personajes, propios de sus obras valencianas. Los personajes de *Flor de mayo* y *La barraca* no consiguen mejorar su situación vital y se enfrentan a un destino trágico y violento no por el alcohol, sino por su condición y sus derrotas ante el medio: el mar y la tierra.

La única mención a la política en el artículo aparecerá en un breve repaso de las tendencias abrazadas por el pueblo en Valencia, capaz de defender con pasión tanto la Revuelta de las Germanías como el absolutismo según el momento histórico; sin embargo, no ahondará en este tema, centrándose en tratar el carácter pasional de los valencianos. Esto ocurrirá también en las novelas del ciclo valenciano, donde el carácter de los protagonistas gallardos y arrojados y sus acciones individuales tendrán una mayor representación en las novelas que la política, que subyace en el espacio y los conflictos, pero no es abordada directamente. Solo en contadas ocasiones, el sistema político de la Restauración aparecerá mencionado por los personajes, que hablarán del político liberal «Segasta» (Sagasta, pronunciado según el habla popular) en la lectura de periódicos del café del Cabañal: «Se abre... la sisión. El señor Segasta pide la palabra» (Blasco Ibáñez 2009: 76); de la figura del tío Mariano en *Flor de mayo*, que era «muñidor en las elecciones» (Blasco Ibáñez 2009: 55); y, en *La barraca*, la presencia de un cacique que, a cambio del voto, podía interceder en la justicia en favor de sus ciudadanos:

Y como Barret había sido siempre de los dóciles, votando lo que ordenaba el cacique y obedeciendo pasivamente al que mandaba, se hicieron viajes a Madrid para salvar su vida, y el indulto llegó oportunamente. (Blasco Ibáñez 2016: 92)

Esta presencia de la política, solo mediante la aportación de detalles dentro de la cotidianidad, servirá a Blasco Ibáñez para reforzar la verosimilitud del mundo valenciano creado en sus novelas. Las referencias al sistema político del momento reafirman la coincidencia temporal entre el tiempo representado por el autor y el vivido por los lectores, aumentando el realismo de la acción. La política será solo un marco ajeno a los personajes de la clase baja de Valencia y no será determinante para los conflictos de la vida de los personajes: su lucha por la supervivencia cotidiana, su condición y contra el medio es independiente de ella, y, por tanto, se trata en las novelas desde el determinismo social propio del naturalismo.

Además de las referencias políticas, que implican una localización temporal precisa de las novelas, Blasco Ibáñez consigue elaborar una Valencia de finales del siglo XIX reconocible para los lectores de su tiempo y del nuestro, a través de las descripciones de los espacios en los que se ambientan las obras y las formas de vida representadas en ellas. Así, con sus descripciones precisas de la Huerta, la ciudad de Valencia y el, aún por entonces, pueblo del Cabañal,³ el autor nos muestra las complejas relaciones entre el centro

3. Retratado de manera fiel por Blasco Ibáñez, como demuestra el exhaustivo estudio geográfico de Boira Maiques y Llave Cuevas (1987). La correspondencia entre la geografía real, recogida en los mapas y en los registros urbanísticos del momento, y las descripciones de *Flor de mayo* será notable, evidenciando el afán del autor por describir con precisión la realidad que rodea sus obras.

urbano y el mundo rural del fin de siglo: Valencia aparece como un centro de comercio del que dependen los trabajadores rurales (campesinos y pescadores), que acuden a vender sus productos al mercado, y, también, como una ciudad moderna e industrializada con fábricas, obreros y tranvías frente a los poblamientos tradicionales del Cabañal y las barracas de la Huerta y sus medios de transporte como caminar, el caballo en *La barraca* y los bueyes en *Flor de mayo*.

La convivencia entre ambos mundos, el antiguo y tradicional de los huertanos y pescadores y el moderno de la ciudad, será uno de los temas de mayor interés de ambas obras. El mundo rural y antiguo lo forman, como hemos mencionado, los personajes que se dedican a los oficios tradicionales y que mantienen las costumbres que se plasman en la obra con rasgos costumbristas. Desde la perspectiva de estos personajes, en los que el autor centra su atención, la ciudad aparece como un mundo ajeno, un espacio del que dependen y del que reniegan. El rechazo por la ciudad es una constante a lo largo de la obra, que se aprecia en cada contacto que los personajes tienen con el centro urbano: En el primer capítulo de *La barraca*, Pepeta mira con repulsión las calles y los prostíbulos del Barrio de los Pescadores y se escandaliza al ver lo que la caída en desgracia de Barret deparó a su hija Rosario en la ciudad, dedicada a la prostitución para subsistir.

La visión negativa del mundo urbano por parte de los huertanos se extenderá a todos los aspectos del orden social relacionados con la ciudad. La justicia urbana, personificada en los guardias y los juzgados de la capital, será rechazada por los huertanos, que preferirán seguir los métodos tradicionales: esperar al veredicto del Tribunal de Aguas. Este tribunal, antiquísimo y tradicional, será respetado por la pertenencia de sus miembros a la Huerta y su forma de proceder comprensible para los huertanos: «Mostrábanse orgullosos los huertanos de su tribunal. Aquello era hacer justicia; la pena, sentenciada inmediatamente. Y nada de papeles, pues éstos sólo sirven para enredar a los hombres honrados.» (Blasco Ibáñez 2016: 111).

En otros casos, la solución más adecuada y preferible para los huertanos será el enfrentamiento directo, como resuelve Batiste y transmite el narrador:

Para aquella tierra no se había hecho la justicia de la ciudad. El presidio era poca cosa tratándose de satisfacer un resentimiento. ¿Para qué necesitaba un hombre jueces ni Guardia Civil, teniendo buen ojo y una escopeta en su barraca? Las cosas de los hombres deben resolverlas los hombres mismos. (Blasco Ibáñez 2016: 210)

La ciudad se presentará, también, como responsable de la miseria de los personajes. En *La barraca*, el tío Barret es engañado por el dueño de las tierras, afincado en Valencia, con la firma de un préstamo impropio de la gente del campo, iletrada y desconocedora de cláusulas e intereses. Además, será la justicia urbana la que tramitará y ejecutará el embargo de sus tierras, enviando a dos cobradores ajenos a la Huerta: «cuando vio venir por el camino a unos señores vestidos de negro, fúnebres pajarracos con alas de papel arrolladas bajo el brazo, ya no dudó. Aquél era el enemigo. Iban a robarle.» (Blasco Ibáñez 2016: 84).

En *Flor de mayo*, junto con los compradores de pescado, la ciudad será referida, esta vez de forma explícita, como culpable de la tragedia. La tía Picores, que actúa durante la

novela como la jefa de las pescaderas del Cabañal, se dirigirá a Valencia culpándola de la muerte de los pescadores durante el temporal:

Y en lo alto, dominándolos a todos, estaba la *tía Picores*, erguida y soberbia como la venganza, indiferente a todos los dolores, [...]. Ya no enseñaba el puño al mar. Volvía la espalda con marcado desprecio, pero amenazaba a alguien que estaba tierra adentro, al Miguelete, que a lo lejos alzaba su robusta mole sobre la masa de tejados de la ciudad. Allí estaba el enemigo, el verdadero autor de la catástrofe. Y el puño de la bruja del mar, hinchado y enorme, amenazaba siempre a la ciudad, mientras su boca vomitaba injurias.

¡Que viniesen allí todas las zorras que regateaban en la Pescadería! ¿Aún les parecía caro el pescado?... ¡A duro debía costar la libra! (Blasco Ibáñez 2009: 264)

El contraste entre los pensamientos y las ocupaciones de los personajes rurales y las de los personajes urbanos se apreciará aún más a partir de los comentarios del narrador de Blasco Ibáñez. En *La barraca*, el narrador comentará con cierta ironía el sueño de los burgueses mientras Pepeta recorre la ciudad vendiendo leche desde el amanecer:

Y se metió por las desiertas calles que animaba el cencerro de la *Ròcha* con monótona melodía bucólica, haciendo soñar a los adormecidos burgueses con verdes prados y escenas idílicas de pastores. (Blasco Ibáñez 2016: 66).

En *Flor de mayo*, la oposición entre las acciones de los pescadores y los personajes urbanos se apreciará con la aparición de los bañistas, que serán mencionados por el narrador. Los bañistas y sus *barraquetas* ocuparán las playas anteriormente solo pobladas por los pescadores: «La playa estaba desierta. No se veía una sola persona en la extensión de arena donde en verano se plantan las *barraquetas* para los bañistas de Valencia.» (Blasco Ibáñez 2009: 154-155) y se instalarán junto a ellas modernos establecimientos hosteleros, radicalmente opuestos a las tradicionales tabernas de los pescadores:

Detrás, en previsión del apetito que el aire del mar despierta en el gastado estómago, esparciéndose los merenderos, unos con aspecto pretencioso, escalinatas y terrazas, todo frágil, como decoración de teatro, supliendo lo endeble de su construcción y lo misterioso de su cocina con pomposos títulos: *Restaurant de París*, *Fonda del buen gusto*; y entre estos pedantes de la gastronomía veraniega, los bodegones indígenas con su sombrero de esteras, las mesas cojas con porrón en el centro y el fogón al aire libre; establecimientos que ostentaban con aire fiero sus rótulos de regocijada ortografía: *El Nap*, *Salvaor* y *Neleta*, y ofrecían como plato del día desde San Juan á Septiembre, los caracoles en salsa. (Blasco Ibáñez 2009: 154-155)

Finalmente, la oposición entre el mundo de los pescadores y el nuevo mundo urbano y refinado se intensificará, aún más, con la llegada de la barca del Retor a Argel durante su incursión en el contrabando de tabaco. La barca se mostrará como un medio de transporte anticuado y endeble frente a los buques de guerra franceses y los cargueros de trigo procedente del sur de Rusia que se encuentran en el mar. Además, la brillante ciudad de la costa, llena de *boulevards*, tiendas y personajes exóticos se verá con gran entusiasmo y

sorpresa por los pescadores, como recoge el narrador: «todos en la barca se quedaron embobados contemplando el espectáculo. ¡Recristo! ¡Debía hacerse el viaje sólo por ver aquello!» (Blasco Ibáñez 2009: 131).

De esta forma, a través de la inclusión de visiones y experiencias vitales enfrentadas entre la ciudad y el campo, Blasco Ibáñez consigue plantear un retrato bastante completo de la sociedad valenciana de su tiempo: una sociedad en transformación, a dos velocidades, dividida entre la capital que abraza la modernidad, y el campo, receloso ante el aumento del poder de la ciudad, pero dependiente de ella, y anquilosado en sus formas de vida y sus tradiciones propias. El escritor valenciano describe con precisión y exhaustividad las relaciones entre la ciudad y el campo, logrando un retrato fiel de la nueva sociedad industrializada, además de cada aspecto de la vida y los ambientes de los huertanos de *La barraca* y los pescadores de *Flor de mayo*. Su visión naturalista le hará plasmar una lucha cotidiana por la supervivencia y contra el medio hostil en la que ninguno de los personajes, condenados a la ignorancia y al trabajo, ni nada de sus mundos consigue salvarse del destino trágico al que el determinismo les condena. El mundo urbano de Valencia y el mundo rural de la Huerta y el Cabañal aparecerán reflejados de forma verosímil, aunque desde el desencanto del autor, que contempla las miserias de los personajes, manifiesta su duda ante el progreso y expresa su rechazo ante el supuesto funcionamiento idílico de la sociedad valenciana, que expresa años más tarde en su aportación a la revista «Alma española».

La prosa naturalista de Blasco Ibáñez encontrará, como ya hemos mencionado, una influencia positiva y un espacio agradable en la contemplación de los ambientes y los tipos valencianos desde el costumbrismo, en consonancia con los intereses de los movimientos artísticos regionalistas que se habían desarrollado durante el último tercio del siglo XIX. La inclusión, en este marco, de las escenas costumbristas será un gran acierto por parte del novelista, que redondeará con ellas su retrato de la sociedad valenciana de su tiempo y las convertirá en una seña de identidad de sus obras de este ciclo. Así, en *Flor de mayo* y *La barraca*, podremos apreciar la unión armónica entre las influencias ideológicas y artísticas más relevantes de su época: la influencia del naturalismo de Zola, el interés regionalista y la preocupación social harán de sus novelas valencianas una de las manifestaciones más brillantes de la prosa española de finales del siglo XIX, llena, aún hoy, de interés para los lectores y los estudiosos de nuestro tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente (1904, 17 de enero): «Alma valenciana». *Alma Española*, 11: p. 10-12. En línea: <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003636383&search=&lang=es>>. [Consulta: 15 de enero de 2021.]
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente (2009): *Flor de mayo*. Valencia: Prometeo / Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En línea: <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/flor-de-mayo--novela>>. [Consulta: 17 de enero de 2021.]

- BOIRA MAIQUES, Josep Vicent, / DE LA LLAVE CUEVAS, Julio (1987): «Geografía, espacio social e imágenes de marca. El análisis de “Flor de mayo” de Vicente Blasco Ibáñez», *Saitabi*, 37, p. 349. En línea: <<https://roderic.uv.es/handle/10550/26975>>. [Consulta: 16 de enero de 2021.]
- GARCÍA ROJO, María Dolores (1985): *Técnicas naturalistas en la novela española* (Tesis doctoral). Madrid: Universidad Complutense de Madrid. En línea: <<https://eprints.ucm.es/id/eprint/53210/>>. [Consulta: 17 de enero de 2021.]
- HERRERO, Javier (1978): «El naranjo romántico: Esencia del costumbrismo», *Hispanic Review*, 46(3), p. 343-354. En línea: <<https://www.jstor.org/stable/472418>>. [Consulta: 16 de enero de 2021.]
- MAS, José / MATEU, María Teresa (ed.) (2016): Vicente Blasco Ibáñez. *La barraca*, 11ª ed. Madrid: Cátedra.
- ROMÁN ROMÁN, Isabel (2014): «Regeneracionismo y costumbrismo: Los nuevos españoles pintados por sí mismos del semanario España», *Anales De Literatura Española*, 26(26), p. 421-449. En línea: <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/regeneracionismo-y-costumbrismo-los-nuevos-espanoles-pintados-por-si-mismos-del-semanario-espana>>. [Consulta: 16 de enero de 2021.]
- RUBIO CREMADES, Enrique (1984): «Costumbrismo y novela en la segunda mitad del siglo XIX», *Anales De Literatura Española*, 2: p. 457-472. En línea: <<https://ale.ua.es/article/view/1983-n2-costumbrismo-y-novela-en-la-segunda-mitad-del-siglo-xix>>. [Consulta: 16 de enero de 2021.]
- SHAW, Donald L. (1976): *Historia de la literatura española 5: El siglo XIX*. Barcelona: Ariel.
- SHAW, Donald L. (1996): «La pintura... Festiva, satírica y moral de las costumbres populares». En *Romanticismo 6: Actas del IV Congreso*. Roma: Bulzoni. p. 299-303. En línea: <<http://data.cervantesvirtual.com/manifestation/748943>>. [Consulta: 15 de enero de 2021.]
- VICKERS, Peter (1979): «Naturalismo y protesta social en Blasco Ibáñez». En MAINER, José Carlos: *Historia y crítica de la literatura española: Modernismo y 98*. Barcelona: Crítica. p. 198-204.